

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
 Suscripción: España, un trimestre. 2'00
 Extranjero 3'00

Los tiempos que se avecinan

Dada la desorganización a que ha llegado la sociedad actual, el desbarajuste que impera en sus principales fundamentos: vista la indecisión en que se debaten sus representantes y sus víctimas, no es aventurado asegurar que se acercan tiempos en los cuales será menester poner en juego todas las energías y actividades acumuladas, si no se quiere perecer en la lucha intensa que ha de desarrollarse.

Las fuerzas que integran el pasado y las que representan el presente, no ignoran la gravedad de los momentos que se avecinan y ya se preparan para poner obstáculos a lo que ha de venir mañana. Cada uno, desde el terreno ideológico en que está colocado, empieza ya a señalar su actitud. Vislumbran el peligro, saben que ha de llegar un día en que se hablará de responsabilidades, y todos quieren eludir la parte de culpa que les corresponde, arrojándose entre sí el informe montón de imperfecciones que dieron origen al tremendo desconcierto actual. Ninguno de ellos tiene el valor de sostener las ideas que, hace no mucho tiempo, preconizaba.

Desde el más empedernido reaccionario hasta el socialista de Estado, que todos han colaborado en la obra que ha dado lugar a este momento angustioso de las naciones, advierten ya la responsabilidad que han contraído para cuando llegue la hora de la justicia. Pero nadie se atreve a reconocerla, ninguno se siente con el elevado valor moral de confesar que se equivocó; que habían creído definitivo lo que es transitorio; que habían analizado superficialmente aquellos aspectos de los grandes problemas que más cuidado y más atención merecían.

Y porque no se sienten capaces de sinceridad, persisten en el error y continúan defendiéndolo, prestándole su apoyo, su ayuda, su colaboración.

Es por esto que los tiempos que se avecinan serán aún más graves. Porque todos esos hombres que conviven en el engaño y en la farsa, opondrán a lo que haya de venir, toda su influencia, todo el esfuerzo de que puedan disponer.

Como la evolución sigue su curso, no obstante los obstáculos que al través del tiempo salen a su paso, queriendo interrumpir su marcha, puede afirmarse que los días futuros serán de justicia; no de venganza, pues que la verdadera justicia no sabe de odios ni de pequeñas pasiones. Es a esta justicia que temen los hombres que han dado origen a las injusticias de ahora. Este temor infundado—temor a la luz—les obligará a combatir mañana lo que en el pasado, en instantes de sinceridad defendieron.

Todos los hombres se han llamado alguna vez, en el transcurso del tiempo, defensores de lo justo, de lo humano, de lo grande. Luego en la vida real, actuando, han cooperado al sostenimiento de lo bajo, de lo inhumano, de lo injusto. Y si cuando obraban así han advertido que se acercaba un tiempo de verdad y de justicia se han declarado adversarios de lo futuro, negando sus palabras de otro día, primero con los hechos, después oponiéndose decididamente al progreso de las ideas.

El mercado de la miseria

A fin de completar cierta suma que me hacía falta, me dirigí ayer a una de esas casas en donde le facilitan dinero a los clientes al módico interés del seis por ciento mensual, previo depósito de algún objeto de valor sobre el cual le giran al propietario de la prenda por una tercera parte del coste de la misma, sino por menos; que esto depende más que todo de las entrañas del judío que así trafica con la miseria de cuantos venimos a la vida sin grandes dotes para el ejercicio de la rapiña, el más eficaz para merecer en corto tiempo la designación de personas acomodadas y decentes.

Detrás del mostrador y enfrente de los

Nos encontramos ahora en un momento único de la historia del mundo.

La evolución había llegado ya a términos asombrosos, y si los progresos morales no eran muy extensos, en cambio los materiales estaban a una altura inmensa; estos hubieran empujado a aquellos y se habría marchado a pasos agigantados hacia una sociedad menos imperfecta que la presente. Así era de esperar, así era dado suponer que sucedería.

De pronto, como si todos los hombres hubieran tomado el acuerdo tácito de destruirse, surge la tragedia, esa horrenda catástrofe que tanto dolor está causando; esa inexplicable hecatombe que ha hundido al mundo en un caos. Los hombres, todos los hombres, salvo muy raras excepciones, se pusieron en uno u otro sentido a su servicio.

Y he aquí que los progresos materiales, aquellos que debían acelerar la marcha de los morales, sirven por el contrario para destruirlos, para negarlos, en un inacabable lapso de tiempo de locura.

Este es el momento en que nos encontramos. A la injusticia que representa ese salto dado hacia atrás, todos los hombres han prestado su apoyo. Muy pocos de ellos hablan dicho antes que la guerra fuese justa, y cuando fué llegada, alegaron que era necesaria. Y ahora ya, saben que ante el porvenir que se acerca, ante los tiempos que se avecinan, la guerra actual ni es necesaria, ni es justa.

Lo saben todos, pero no confiesan su equivocación; se resisten a reconocerla, aun convencidos de que es errónea.

En esta situación insostenible, inconsistente, se encuentra el mundo.

Llegará la hora de la paz, que si no es hecha por el pueblo, serán los cimientos de futuras guerras, y la humanidad se dará entonces cuenta del enorme mal causado a ella misma.

Empezará a cundir el descontento; se sucederán las luchas aisladas por imponer distintos criterios acerca de lo pasado y de las lecciones que de ello se desprendan; se llegará a conocer el horror de lo ocurrido, que hasta entonces se había ignorado; se sabrá la monstruosa grandeza del caos en que el mundo se ha debatido un largo periodo de tiempo.

Si hay quien preste impulso a las quejas y al descontento, procurando que se exterioricen conscientemente; si se procura que no caigan en terreno estéril las enseñanzas, en el dolor aprendidas, los hombres que sufrieron se dispondrán a terminar con la sociedad que ocasionó sus sufrimientos.

Y entonces será cuando la lucha adquirirá intensidad. De un lado los que no están dispuestos a admitir que se les demuestran sus errores; frente a ellos, los que sufrieron, los descontentos, los que llevaron sobre sus espaldas el peso de las injusticias y sintieron en su carne las heridas de la tragedia.

Nosotros, que hemos asistido horrorizados al desarrollo del conflicto, habemos de tomar parte en esa lucha. Hay que extender por todo el mundo las ideas anarquistas, únicas que pueden encaminar a la Humanidad por sendas de justicia, en esos tiempos que se avecinan.

anaqueles del bazar, en medio de una profusión de prendas entre las que podrán contarse violines, cuadros, ropas de vestir, libros, relojes, herramientas de obrero, bustos de arcilla, alfombras, objetos de joyería, mesas, sillas y cuantas más es posible suponer, agitaba sus miradas de víbora el vampiro que allí trafica con la ajena penuria y con el dolor ajeno. Me miró de alto a bajo como queriendo medir toda la exhaustez de mi bolsillo, dobló luego el entrecejo en dos y, con voz áspera, dejó caer sobre mí ansiedad manifiesta su cálculo inapelable. Dos pesos me daba en préstamo por mis gemelos de oro que yo había obtenido en ocho en épocas de relativa bonanza para mis negocios. La cuarta parte del valor legal, ni más ni me-

nos, y con un interés, por ser a mí, del cinco por ciento.

[Estupenda transacción! Iba a exclamar, cuando un nuevo personaje apareció en escena.

Este otro cliente era una niñita, digamos de siete años, una adrajosa chiquela que traía en brazos a su hermanito, el cual no contaría arriba de dos años.

—A ver, don Edmundo, dijo con toda desenvoltura encarándose al propietario de aquella arca de Noé, ya no nos queda que traerle y mano cada vez peor, más enferma... por eso he traído a Nacho, a ver cuanto nos presta por él...

Y como notara que el judío no comprendía, agregó:—Vea, es que nos hace falta dinero para ir a la farmacia por más medicinas; por eso traigo aquí a mi hermanito, a escondidas de mamá. Píjese que hermoso está, ya comienza a hablar y esta mañana lo he bañado; ¿ve que fresco? Lo dejaré aquí, pero a condición de que usted nos lo cuide un poco; cuando despierta se le pasea un rato en brazos y si hay leche se le da un poco... es de lo más tranquilo, basta con cantarle el arrurru para tenerlo dormido. Usted se lo cantará por las noches y lo acostará en la cuna que le dejamos hace dos semanas, ¿verdad?... A ver, ¿cuanto nos presta por mi hermanito?

Visiblemente contrariado, el usurero lanzó sobre la pequeña sus miradas de víbora y con acento bestial dijo al cabo:

—Ve con ese muñeco a donde su madre y si ella logra parir uno de oro, lo traes aquí. Así, si llevarás dinero, sólo así, ¿entiendes?

Y remató su infamia con una carcajada de bandido.

RUBÉN COTO

LOS IMBÉCILES

Odio a los hombres incapaces e impotentes, me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios.

Nada hay más irritante que esos brutos que se unen, se burlan como los niños y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta.

No he podido jamás dar dos pasos sin encontrarme tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso a salpicaros el rostro con la baba de su media.

Estos necios se mueven y hablan, y con su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer con tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha porque atravesamos?

Al salir del viejo mundo nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer.

En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan, y se pegan cada vez más a nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telegrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma a lo infinito y a lo absoluto; en la época grave e inquieta, periodo de gestación de una nueva verdad de la Inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el nauseabundo charco de su trivialidad.

EMILIO ZOLA

NOTAS AL MARGEN

María Juliá

No entra en nuestras costumbres, ni forma parte de nuestras convicciones, ni se aviene nuestra razón con el culto a los muertos; a los rezos y lágrimas que los hipócritas y pusilánimes dedican a los que fueron, nosotros oponemos la protesta y el crispamiento de puños, sobre todo cuando los que caen en la fosa no han caído por muerte natural; la enfermedad contraída en la ergástula industrial o carcelaria; la trituración de carne proletaria por un engranaje; las vidas segadas en flor por la fuerza pública; nos llenan de indignación; y cuando los causantes de estas muertes violentas no son ya individualidades, sino toda una colectividad, entonces... es torpe nuestra pluma para describir lo que sentimos; alguien ha dicho que los grandes dolores son mudos; pero nosotros, con todo y ser muy intenso

el dolor que nos produce una de esas muertes causadas por la colectividad, desmentimos aquella afirmación y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Marranos! ¡Asesinos!

Tales fueron nuestras primeras manifestaciones de dolor al saber el trágico fin de la aeronauta María Juliá; porque la agraciada joven no murió debido a un percance casual; la asesinó el público congregado en el Túro Park para presenciar la ascensión; ese público encanallado y abyecto que hace acto de presencia en todos los sitios donde un ser humano juega con la Muerte impulsado por la necesidad de ganarse el mendrugo.

Elimíname el peligro personal a esas ascensiones; suprímme el piloto de los aerostatos, y el local donde se verifique la ascensión estará poco menos que desierto; la multitud quiere algo más que un globo hinchado de algo que le eleve en el aire; bajo la boca del aparato quiere ver pendiente un trapico y asido a él como un háfrago a una mala tabla, un ser, hombre o mujer, que se descontorsione haciendo cabriolas y tenga como vulgarmente se dice, pendientes de un ¡ay! a los espectadores.

La posibilidad de una tragedia, el placer morboso que aun que se disfrace con el nombre de congoja producen esos espectáculos, es el aliciente, el imán que atrae a las multitudes ávidas de sangre fresca, de carne de inconscientes, hambrientos o desesperados, llámense toreros, acróbatas o domadores de fieras.

No hay, no puede haber atenuantes que disminuyan esa barbarie colectiva; habrálas en todo caso para quien por los azares de la vida arrostra un peligro inútil, sin más finalidad que la de poner a prueba el estoicismo individual y la perversidad colectiva; no pueden jactarse de bondadosas esas gentes que convierten en diversión esos juegos de azar donde se expone una vida; no puede llamarse culta ni civilizada esa multitud que encuentra motivo de placer en esos retos a la Muerte; si estuvieran mejor compenetradas del empleo que debe darse a la fuerza vital, no acudirían a esos espectáculos donde se arrojan vivos por la consecución de nada.

Después de una ascensión aérea sin finalidad científica, de unos minutos pasados en una jaula de fieras o de un foxtrot bailado sobre un alambre ¿qué ha ganado la humanidad? Si en algo resulta gananciosa, es en perversidad, en degradación moral; la impasibilidad con que se presencian esos ejercicios suicidas, es tan sólo aparente; al individuo o a la colectividad que hacen de esas atracciones todo su alimento espiritual, se les atrofia la sensibilidad; pierden toda noción de respeto a las ajenas vidas; se creen defraudados cuando el gimnasta, el torero o el funámbulo, no cumplen el programa imaginado por ellos o anunciado hiperbólicamente en grandes cartelones.

Y ese fué el caso de María Juliá; la empresa del Túro Park, conocedora de la psicología de la multitud, recurrió al anuncio, al cebo del cartelón multicolor y lleno de admiraciones, para realizar su negocio y colmar los deseos de una taifa de perversos. ¡Ay de la pobre aeronauta si al verificar la ascensión hubiera pedido más seguridades por creer insuficiente el trapico! El asesino colectivo, la masa inflame que gastó su dinero por el placer de una sensación sádica, habría protestado; es más, habría obligado a la capitana a cumplir lo ofrecido; recuérdese el caso, aunque ya algo viejo, de Mussiú Arban. El público, tan degradado entonces como ahora, obligó, a pesar de ser una tarde tempestuosa, a que el aeronauta se elevara en su globo... que hizo la del humo: se fué para no volver.

Digamos, por no faltar a la verdad, que han sido muchos los lamentos que estos días se han dedicado a la víctima de una empresa, de un público y de la miseria; pero no hay que creer en la sinceridad de tales lamentaciones; la mejor forma de acabar con esas tragedias, sería suprimir esos trabajos (hasta a esto se les llama trabajos!) que si benefician a alguien es a una empresa sin escrúpulos; nunca a la colectividad ni al propio interesado que cobra unos céntimos miserables por satisfacer los malsanos, mejor dicho, criminales instintos de unos espectadores sin conciencia.

Pedir medios de seguridad, demandar que el aeronauta tenga buenas aptitudes para la realización de su trabajo, es querer la continuación de la barbarie; y mientras se den tales espectáculos, habrá bárbaros que invertirán su dinero para ver si una María Juliá se hace picadillo cayendo de una altura de cien metros.

JUANONUS

Tenemos en prensa el magnífico folleto de Luis Fabbri, titulado

Influencias burguesas sobre el marxismo que en breve se pondrá a la venta.

LA PROPIEDAD

Cuando nosotros atacamos la justicia del «derecho de propiedad» se nos responde que somos malhechores, y en lugar de refutar nuestros argumentos se nos mete en la cárcel.

Pero nosotros preguntamos: ¿Qué vale más, la vida de un hombre o un pedazo de tierra? ¿Qué vale más, la vida de millones de hombres o toda la propiedad de un país poseída por algunos millares de afortunados? ¿Qué es lo más sagrado, la existencia de innumerables familias de obreros y campesinos, o el lujo, los caprichos, los vicios, la vanidad, la ambición y la avaricia de unos pocos ociosos, usureros, especuladores, o mercaderes de carne humana?

Nosotros sostenemos que el interés de los más debe prevalecer sobre la avaricia de los menos; y en nombre del derecho que tienen los obreros a vivir, a trabajar, a gozar el fruto de su trabajo, a instruirse, a educar a sus hijos, a tener asegurado el pan de su vejez, a no ser esclavos de nadie, combatimos al susodicho «derecho de propiedad». Porque, el efecto de este derecho de propiedad (que no es sino un monstruoso privilegio) es el siguiente: quien nace pobre nace esclavo; que los hijos del pobre están condenados a ser ignorantes; que siendo pobres e ignorantes están condenados a los trabajos más penosos, que a menudo el obrero no encuentra el modo de emplear sus brazos; que cuando más necesitado está, más se aprovecha de él el propietario o el capitalista; que el obrero muere sobre un misero jergón de paja o en el hospital, y que, al contrario, el capitalista prospera y aumenta sus riquezas; que se ven espectáculos monstruosos en la sociedad; el banquero enriquecido con los robos, nombrado comendador y entregado a todos los vicios y orgías, mientras el obrero arrojado del taller por la invención de una nueva máquina, mendiga un trozo de pan y se ve arrojado como si fuera un vagabundo o un ladrón, en el fondo de una cárcel; la señora burguesa pasando todo su tiempo cambiando vestidos costosos y yendo por las noches en coche a suntuoso baile, mientras la hija del pueblo yace en la esquina de una calle cualquiera con sus escudidos hijos en brazos; el hijo del rico se ve perseguido por una turba de criados y el del pobre no encuentra siquiera un poco de leche en el seno de su madre.

Si, todas estas monstruosas diferencias se ven todos los días. Y cuando se llega a este punto la sociedad está destruida; los hombres se convierten en enemigos unos de otros; para vivir se mata o roba; la mujer se prostituye, el obrero se vende y todos juntos los hombres se corrompen y se embrutecen, unos a causa de su dominio y riquezas, los otros por el hábito que contraen al sufrir y ser esclavos de los primeros.

La tierra, naturalmente, no produce por sí sola, se necesita el brazo que la cultive. Los productos no se trasladan por sí solos de un lugar a otro, se necesita quien los transporte. Y para adaptarlos a nuestras necesidades tienen que ser transformados, obrados, haber pasado por las manos del hombre. Las mismas máquinas están construidas por obreros; y aún las mismas ideas con que se enriquece la humanidad salen de la experiencia y del trabajo de las generaciones extintas.

El propietario de un trozo de tierra o de una máquina, nada posee si no posee el trabajo de los obreros. Toda su industria consiste, pues, en trabajar con los brazos de los demás. Y el comerciante, el especulador, el banquero, emplean todo su ingenio en sustraer las riquezas a los obreros, acaparando los productos, comprándolos a un precio bajo, vendiéndolos muy elevados, alterando la calidad, engañando a la gente, pavoneándose con el trabajo de los demás y sacando provecho de las desgracias ajenas.

Por esto se conquista la propiedad no tan sólo con el robo, con la usura o con el engaño, sino que, una vez adquirida, se hace aumentar con la opresión y la explotación del obrero. Los capitalistas chupan la sangre de los obreros.

El último resultado del «derecho de propiedad» es la miseria forzosa del trabajador. No hay progreso que valga. Cuanto más se produce más miserables somos. Aumentando las riquezas, aumentamos los intereses, las rentas, los beneficios, los impuestos, cosas todas que salen del trabajo de los obreros. Las maravillosas invenciones de este siglo ¿caso han disminuido la fatiga o acrecentado el bienestar de los obreros? La luz eléctrica sólo ha servido para iluminar el espectáculo de gentes desocupadas, niños que trabajan en las minas, mujeres que se pudren en los arrozales y en las antihigiénicas fábricas, y suicidios, y delitos y más miserias cuya enumeración sería interminable. No vivimos un estado de vida normal. El mismo progreso se paraliza. Mucha tierra permanece inculta, muchas industrias se detienen en su desarrollo, muchas máquinas e inventos están fuera de su uso. Se podría